



Caspar David Friedrich, *Ángeles en adoración* (1826)

EDITORIAL

LA BUSQUEDA DE LA VERDAD EN LA BELLEZA

Desde su tratamiento en los escritos de Platón, la idea de belleza formó parte de los grandes conceptos filosóficos para concebir la realidad y la condición amorosa y creativa del ser humano. Noción de amplio espectro metafísico, lo bello no se circunscribió al arte en Grecia, pero no dejó de ser su ideal. De otro lado, como nos recuerda el *Ion* platónico, la palabra poética y en general la actividad de los artistas fue valorada como inspiración divina, actuando el poeta como *medium* y portavoz de los dioses. Así, junto a la idea de bien, ya en la misma concepción platónica, pasó la belleza a formar parte de algunas de las consideraciones sobre los llamados trascendentales del ser, tema desarrollado sobre todo en la escolástica de la baja Edad Media. A pesar de esta alta valoración filosófica de lo bello, podríamos hablar de un debilitamiento progresivo de su relevancia ontológica y cosmológica, quedando en la modernidad más dominante como categoría subsidiaria del bien y de la perfección del mundo, o en todo caso como una noción más vinculada a lo sensible y a la subjetividad. Hay autores como Gadamer que han hablado de una pérdida de la presencia en la conciencia estética moderna de la cuestión fundamental de la verdad, pero aun con todo no dejamos de constatar a lo largo del primer pensamiento moderno, en la ilustración y especialmente a partir del romanticismo, renovadas afinidades de la dimensión estética con lo absoluto, lo sagrado o el sentido radical, llegando a tener cabida la idea de una religión del arte o la interpretación mística de la experiencia estética como tal, bien es verdad que ampliando la vieja noción de belleza con otras categorías como lo sublime, lo característico, lo pintoresco, o desvelando lo estético como una situación originaria de constitución del sentido. La comprensión científica del universo, según el *dictum* weberiano, fue despojándose del *encanto* del mundo e hizo prescindible su belleza, del mismo modo que la acción moral se apresuró a fundamentarse desde la mera razón, quedando lo bello casi circunscrito al gusto y al arte, reformulándose como sentimiento y siendo objeto, especialmente en el pensamiento inglés, de agudas disquisiciones psicológicas. De todas formas, junto a este proceso de subjetivación, hubo líneas muy importantes de pensamiento que revisaron y preservaron ese valor de verdad y de sentido de la belleza, la creación poética y lo que, precisamente en el seno del racionalismo de Wolff con Baumgarten, pasó a llamarse “estético”, descubriendo un ámbito de verdad para lo puramente percibido (*aistheta*) como diferente a lo conocido.

En el presente número hemos reunido contribuciones que recorren diferentes estaciones de la historia de la filosofía y del arte, que nos muestran los avatares de esta vinculación fundamental de la belleza y la verdad, y en general la irrecusable relevancia antropológica, moral y religiosa de la dimensión estética. Comenzamos con un texto sobre la obra del artista y jesuita Marco Ivan Rupnik y su apuesta por la recuperación de la belleza y el símbolo en comunión con la verdad y el bien, planteando la necesidad

de una contemplación y conocimiento integral que restablezca en nuestros días la fuerza del primer arte icónico cristiano. Le sigue un análisis de la *Summa Halensis*, un interesante tratado del siglo XIII que aborda con originalidad el tema de los trascendentales del ser y donde se plantea un tratamiento autónomo y específico del *pulchrum*, respecto al resto de trascendentales, a la vez que resulta mediador entre el bien y la verdad. Sobre las ubicaciones de la fuerza de lo poético en el despertar de la razón moderna encontramos varios trabajos: así, el tercer estudio analiza la recepción de Giordano Bruno de la doctrina neoplatónica de los *eroici furori*, especialmente a través de Marsilio Ficino, abriendo la sensibilidad estética moderna a nuevos desafíos respecto a la unidad y a la infinitud. La presencia del ideal neoplatónico de la belleza del cosmos en el Renacimiento no estuvo exenta de fracturas propiciadas por el mismo avance de la ciencia experimental, que se consolidaron con el advenimiento del racionalismo moderno, el cual trajo con Descartes una dualización ontológica entre el mundo como mera *res extensa* y la *res cogitans*. No obstante, como demuestra el cuarto estudio, en la misma filosofía cartesiana hay elementos estéticos que podrían dar lugar a una mediación entre sensación y razón a través del arte, tal como se desarrollará en la reflexión estética del siglo XVIII. El tercer artículo nos recuerda otro importante paradigma de la razón moderna como el de G. Vico, que apostó por una imbricación de la filología con la filosofía para comprender con más profundidad la variedad y el origen de lo humano, y donde la dimensión poética tendrá un papel ineludible.

Los dos últimos artículos y los dos primeros estudios tratan diversos temas de la Ilustración y el Romanticismo, periodos clave para la consolidación de la Estética filosófica y su implicación íntima con el resto de los grandes temas de la filosofía. Los dos primeros estudios nos presentan la riqueza del pensamiento estético de la Ilustración inglesa, abordando el primero la categoría de lo pintoresco y la importancia del desarrollo por parte de Locke de la doctrina de la asociación de ideas, en autores como Addison, Burke o Hutcheson, y sobre este último nos presenta el segundo estudio una renovada lectura de su obra reivindicando sus aspectos teleológicos más olvidados y que contribuyeron al argumento del diseño en la comprensión de la Naturaleza y del mismo problema de Dios. El cuarto artículo nos descubre importantes conexiones del misticismo de San Agustín con el romanticismo alemán y su visión religiosa del arte, así en los poetas Wackenroder y Novalis y en la pintura de C. D. Friedrich, de quien nos acompaña en este editorial uno de sus cuadros explícitamente religiosos y abiertos al misterio de lo inefable. El último artículo analiza la figura y la obra central de Mary Shelley, su *Frankenstein*, como un lugar donde se encuentran y enlazan la Ilustración y el Romanticismo en torno a temas como la mujer y la relación de los sexos; o la función y el poder de la ciencia. A lo largo de la modernidad las diferentes manifestaciones artísticas han seguido dando que pensar sobre la condición humana y el sentido último, aunque muchos pensadores abandonaron la categoría tradicional de la belleza, como es el caso de Heidegger, a quien se dedica el quinto estudio profundizando en las nociones de “mundo” y “tierra” con las que este autor se valió en su escrito *El origen de la obra de arte* para replantear la cuestión de la verdad en la obra de arte. El último estudio aborda la noción de “innegable brújula interior” en *Crimen y castigo* de Dostoievski a la luz del concepto de conciencia en la obra del filósofo y teólogo musulmán Mohhamadd Taghi Jafari, dando cuenta de la universalidad y profundidad moral del gran escritor ruso. Precisamente este autor atribuyó a algunos de sus personajes, como el príncipe Mishkin en *El idiota*, la célebre sentencia: “La belleza salvará al mundo”. Tal como en las conversaciones perplejas que produce esta tesis en sus personajes, se trata de preguntarnos de qué belleza se habla y qué relación tiene con el amor, el compromiso y el vínculo con los seres que nos rodean. La cuestión, como la de la verdad, sigue abierta

Ricardo PINILLA BURGOS
Director de PENSAMIENTO